

---

NOTA RELATIVA

—A—

## BARNABÒ VISCONTI

SOBERANO DE MILAN EN EL SIGLO XIV

(Vease antes la página 316)

**M**AQUIAVELO era muy instruido y perspicaz para haberse dejado engañar con respecto á Barnabó, por el mal que de él habían dicho los aduladores del Príncipe que le había destronado, como acaece siempre en semejantes circunstancias. Así es como en Francia el adúlador de Carlo Magno, aquel monge Eginard al que él colmó de dádivas, y á quien dió su hija en matrimonio, había acreditado, para encubrir el crimen de la usurpación de Pepino, la falsa opinión de que Childerico, y los últimos reyes de la primera raza, no eran mas que unos holgazanes, indignos de reinar. Así como éste, después de haber sido destronado, fué encerrado por el usurpador, padre de Carlo Magno, en un claustro en donde no tardó en pere-

cer; así también, habiendo sorprendido con traición á Barnabó su sobrino Juan Galeas, bajo pretexto de devoción, en el año de 1585, se apoderó de su persona y Estados y mandó meterle en el castillo de Trezo, en el que de allí en breve tiempo murió envenenado. Este Juan Galeas, que se puso inmediatamente á deslumbrar á los milaneses con la fundación de su vasta y famosa Catedral, y al que los escritores de su tiempo se apresuraron á formar una genealogía que le hacía descendiente de Anglo, hijo ó nieto de Eneas, no careció tampoco de unos que, para ensalzarle más, se echaron á desacreditar á Barnabó.

Es verdad que éste era duro y brutal, pero también amante de la justicia, y estaba dotado de la entereza de que se necesitaba á la sazón para gobernar á los hombres; de ello puede juzgarse por sus instituciones que, en el hecho, como lo dice Maquiavelo, fueron notables por su originalidad. Viendo que muchos deudores, los unos con mala fe y los otros por el desorden de sus negocios, no pagaban sus deudas, fundó una casa de corrección en que mandó encerrarlos, dando á su costa abogados á aquellos cuyos negocios estaban descompuestos, a fin de que no les faltase medio ninguno para restablecerlos, y satisfacer después á sus acreedores.

Los hospicios que él fundó para los peregrinos que iban á Roma ó volvían de ella, testificaban también no menos su humanidad que su piedad.

El siguiente rasgo, que es el más propio para dar á conocer su genio, es tanto más notable, cuanto

volvemos á hallarle, dos ó tres siglos más tarde, entre las anécdotas añadidas á la vida de Enrique IV. Pero la prioridad no puede disputársele á Barnabó, porque hallamos este hecho en la crónica de su contemporáneo Pedro Azario, escribano de Novara, la que dando principio con el año de 1520 acaba en el de 1562, y no en el de 1262 como M. Giuguené lo dijo por inadvertencia en la *Biografía universal* y artículo de Azario.

Durante un invierno en que Barnabó había de pasar unas semanas con su corte en su palacio de Margignano, una tarde en que se había extraviado solo cazando en el monte, sin poder, al anochecer, hallar otra vez la senda para volverse, oyó finalmente algún ruido ocasionado por un leñador ocupado todavía en su faena, y se encaminó hacia aquella parte, abocándose con él sin darse á conocer. Le habló al principio de su estado con bondad, y el leñador se quejó muy libremente de su miseria, la que venía á agravar un castellano que Barnabó tenía en Lodi. «¡Ah! prosiguió el aldeano, si este Príncipe estuviera noticioso de las vejaciones de semejante castellano, mandaríá ahorcarle al punto!» —Pero se le puede informar de ello.—¡Las gentes que le rodean se opondrían á esto! Barnabó rogó finalmente al leñador que interrumpiera su trabajo para conducirlo fuera del monte; y le aseguró que le recompensaría con una determinada cantidad, que él prometió. No podía darla al instante porque no llevaba dinero consigo. El palurdo respondió de sopetón que le era necesario trabajar para sostener

su usitada familia, y se puso de nuevo á partir leña. Creyendo el Príncipe que esta negativa provenía del miedo que el leñero tenía de no ser pagado, desprende el broche de plata que él tenía en su cinturón y se lo entrega como una prenda de la recompensa prometida. Consiente éste en servirle de guía; le hace subir el Príncipe en las ancas de su caballo; y durante la travesía le incita, con suma familiaridad, á contarle francamente lo que se decía de Barnabó, y el aldeano se explica sin temor. Se queja bien pronto de haber cogido frío á caballo y dice que quiere andar. Barnabó le deja apearse, y afloja el paso de su cabalgadura para seguir á su conductor, al que aconseja que no force el suyo. Continuaba su familiar conversación con él, cuando descubrieron á lo lejos gentes que venían con teas encendidas. «¡Hola, hola! dijo el aldeano, van sin duda en busca del Sr. Barnabó, que, por amor á la caza, se extravía en el monte á menudo. Estas gentes se acercan, reconocen al Príncipe, se postran; y el leñador se queda pasmado de asombro y miedo. Le tranquiliza Barnabó, y quiere que le acompañe hasta el palacio de Marignano. Habiendo llegado á él, manda conducir á este aldeano, cuyos vestidos no eran mas que andrajos, á la más hermosa sala del palacio, que hagan allí una famosa lumbre para darle calor y que le hagan después cenar con él, á su propia mesa, en donde comunemente no comía ninguno. Teniendo Barnabó, durante la cena, al leñador en frente le hablaba con la misma cordialidad que

en el monte. Después de la cena mandó conducírle á acostarse en un magnífico cuarto, en que había una excelente y suntuosa cama, á la que no osaba llegarse el palurdo. Durmió en ella al cabo voluptuosamente. Al levantarse en la siguiente mañana, recibe el convite de pasar al lado del Príncipe que quiere verle; y el Príncipe se apresura á preguntarle cómo ha pasado la noche. «Como en la gloria, responde el leñador; pero yo quisiera irme.» Ven-go en ello, responde Barnabó; pero antes me es preciso darte la recompensa que te prometí; y manda darle la cantidad prometida. Habiéndola recibido éste se acelera á partir para comunicar esto á su mujer é hijos. «Un instante todavía, le dijo el Príncipe; quiero que me pidas una gracia.» ¡Ah! bien, replicó el leñador alentado con tanta bondad: suplico á Vmd. que mande restituirme el pequeño caserío que el castellano de Lodi me quitó.—Le tendrás, y al instante; en presencia tuya voy á escribir la orden de devolvértele.» El regocijado aldeano partió lleno de amor y reconocimiento para con el Sr. Barnabó.

Un historiador del último siglo dice, refiriendo este rasgo, que Barnabó no permitía que en su nombre cometiesen vejaciones é injusticias: ¡era amante del orden y seguridad pública! No era menos singular en sus actos de rigor que en sus bondadosos rasgos, y la originalidad de que usaba en ellos tenía, necesariamente, la dureza de un genio extremadamente brutal. Las circunstancias en que él los manifestó de un modo más extraño, fueron aque-

llas en que tuvo que luchar contra las pretensiones de la corte romana sobre el Bolonés que formaba entonces parte de los Estados milaneses.

La ciudad de Bolonia había sido un feudo de los emperadores de Alemania hasta los tiempos de las turbulencias é interreinos del Siglo XIII, en que á la verdad ella se abandonó al Papa Nicolás III (en el año de 1278), mientras que entregado Milán á una especie de anarquía republicana, forcejeaba contra la ambición de los Torres que querían hacerse soberanos suyos. Pero cuando el Arzobispo Juan Visconti lo fué legitimamente en el año de 1593, gozosos los Boloneses con la sabiduría de su gobierno se entregaron libremente á él. En balde quiso recriminar el Papa Clemente VI, pues el Arzobispo Juan se manifestó firme; y quizás no es inútil decir aquí que él mismo, antes de Barnabó, había mostrado mucha originalidad en la resistencia de entregar esta provincia.

Habiéndole enviado el Papa legados para reclamarla, no quiso oírlos mas que en su iglesia catedral, en la que, á este efecto, mandó levantar un trono magnífico y elevadísimo. Subió á él y se sentó, tomando en la mano izquierda su pectoral arquiépiscopal, y una espada desnuda en la derecha. Admitió después en su presencia á los legados. Habéndole declarado estos en nombre del Papa, que si no le restituía el Bolonés, le quitaría el Sumo Pontífice á viva fuerza; respondió el prelado: «pues bien, id á decir á su Santidad que el Arzobispo Juan, con su pectoral y espada, sabrá defender igualmen-

te su jurisdicción espiritual y sus dominios temporales!» Luego que hubo sido informado el Pontífice de esta respuesta por sus legados, citó al prelado ante sus pies, amenazándole con la excomunión, si él no comparecía. Allá iré, dijo el Arzobispo; y mandó partir por delante un ejército de 16,000 hombres. Habían puesto ya el pie sobre el territorio pontificio; atemorizado Clemente salió á recibirle, como para ahorrarle una parte del camino al prelado: temió, sin embargo, encontrarse con él, y le despachó un legado para decirle que el Arzobispo había hecho lo suficiente para probar su obediencia á la Santa Sede, y que el representante de San Pedro quedaba satisfecho.

Habiendo permanecido pacífico poseedor del Bolonés el prelado, le había legado á Barnabó ante el que Inocencio VI comenzó de nuevo las reclamaciones de la corte romana. Como Barnabó no se dignaba darles oídos, envióle Inocencio dos legados encargados de entregarle una bula, que contenía excomunión si él no restituía aquella provincia. Habiendo sabido el Príncipe, quien á la sazón se hallaba también en su palacio de Marignano, que estos legados se acercaban, y que eran abades de Benedictinos, fué á esperarlos en un puente bajo el cual corrían las aguas del Lambro. Llegan los legados y presentan la bula; leela Barnabó, y por toda respuesta les pregunta de qué gustan más entre beber y comer. Conociendo ambos legados el genio del Príncipe, y viendo debajo de sus pies el río, dicen que ya es preciso elegir: prefieren el co-

mer. Oblígalos entonces Barnabó á mascar y tragar la bula de pergamino, sin hacerles gracia de los cordones de seda que ataban el sello, y ni aun el sello que era de plomo.

Irritado el Papa, habiéndose ligado con otros muchos príncipes de Italia para forzar á Barnabó á la restitución del Bolonés, y no atreviéndose Clemente á enviarle legados, le diputaron estos Príncipes algunos embajadores, para declararle que si restituía esta provincia no obraría la liga contra él. Los recibió muy bien Barnabó en su palacio de Milán; pero luego que ellos se hubieron explicado, mandó traer los vestidos blancos destinados á los insensatos, mandó que los condujeran revestidos así á la puerta interior de su palacio, en donde fueron obligados á subir á caballo, y permanecer expuestos por espacio de dos horas á la irrisión pública. Después de lo cual, y conforme á las órdenes que tenía él dadas, fueron paseados estos diputados por todas las calles de la ciudad, seguidos por las rechiflas del pueblo; y por último conducidos con el mismo traje y séquito, hasta más allá de la frontera de los Estados de Barnabó.

Las desgracias de este Príncipe ocasionaron después al principado de Milán la pérdida del Bolonés; pero su sobrino Juan Galeas le recuperó, y aun llegó en sus conquistas hasta los Estados pontificios en los que se apoderó de Perusa, Espoleto y Nocera.

Barnabó era, sin duda, un Príncipe muy considerado en su tiempo; porque el Duque Leopoldo

de Austria, del cual descende el actual Emperador, había venido en persona á casarse en Milán, en su palacio mismo, con una de sus cinco hijas. De él descende principalmente el corto número de familias Visconti, que pueden gloriarse de semejante apellido. Había tenido una grandísima cantidad de hijos; y á su muerte dejó treinta y dos vivos, sin contar los que estaban mamando todavía.

